

El juicio de la década K: ¿ganada o perdida?

Por Marcos Novaro

¿Fue la instauración de una “democracia popular” el objetivo desde un principio perseguido por el matrimonio Kirchner? Algunos rasgos del “modelo santacruceño” alientan a responder que sí, pero otros que no. Si repasamos la década transcurrida bajo su égida, bien podría decirse que el kirchnerismo pasó de iniciativas signadas por el coyunturalismo y la atención a demandas que no controlaban, como sucedió típicamente con la renovación de la Corte Suprema, o la continuidad dada inicialmente a la política económica de Lavagna, a apuestas cada vez más ideológicas y orientadas a promover un modelo político y económico radicalmente populista. Aunque también habría que decir que la mira siempre estuvo puesta por encima de todo en la máxima acumulación de poder en el vértice y la polarización del campo político.

Marcos Novaro es licenciado en Sociología y doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente es director del Programa de Historia Política del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA, del Archivo de Historia Oral de la misma universidad y del Centro de Investigaciones Políticas. Es profesor titular de la materia “Liderazgos, representación y opinión pública” y adjunto regular de la materia “Teoría Política Contemporánea” en la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas nacionales y extranjeras. Entre sus libros más recientes se encuentran: *Vamos por Todo: Las 10 decisiones más polémicas del modelo* (Sudamericana, 2013, en colaboración con Eduardo Levy Yeyati); *Historia de la Argentina 1955/2010* (Editorial Siglo XXI, 2010), *Historia de la Argentina Contemporánea* (Editorial Edhasa, 2006), *La Historia Reciente: Ensayos sobre la experiencia democrática argentina* (Editorial Edhasa, 2004, en colaboración con Vicente Palermo); *La Dictadura militar, 1976-1983* (Editorial Paidós, 2003, en colaboración con Vicente Palermo), y *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, (Editorial Norma, 2002). Es miembro del Consejo Académico de CADAL.



Introducción: una cuestión de método

Hacer un balance de los gobiernos kirchneristas a una década de iniciados es complejo, tanto por la variedad de aspectos a tener en cuenta como porque el kirchnerismo es un proceso en curso, y cómo y cuándo llegará a su fin es incierto. No menos incierto hoy probablemente que en cualquier momento pasado. Según cómo se resuelvan algunas decisivas cuestiones hoy en danza variará no sólo lo que está por venir, lo que el kirchnerismo será de aquí en más, sino también lo que fue y terminará siendo como etapa histórica. Por caso, si la radicalización en curso lograra sus metas, ¿no tendríamos acaso que releer todo lo que hasta aquí el kirchnerismo hizo y ofreció al país como prolegómeno de un cambio de régimen, como la secuencia de pasos, más o menos necesarios según los casos, para crear un autoritarismo electivo? Y *contrario sensu*, en caso de que esa radicalización se frustre y el gobierno de Cristina Kirchner reaccione razonablemente, moderando tanto su política económica como sus iniciativas institucionales, ¿no tendríamos que relativizar el peso que han tenido en estos años las ideas del populismo radical y su grito de guerra, el “vamos por todo”, y destacar en cambio el coyunturalismo y el oportunismo en la toma de decisiones gubernamentales? ¿No habrá que concluir, finalmente, que el kirchnerismo fue otro gobierno peronista más del ciclo democrático iniciado en 1983, con lo bueno y malo que eso pueda implicar, pero en todo caso más parecido al menemismo que al peronismo clásico o al chavismo?

Todo esto es probablemente cierto y nos alienta a mantener en alguna medida en suspenso el juicio sobre la década. Sin embargo, no impide plantear ya un balance crítico sobre lo que el kirchnerismo ha significado. Independientemente de si logra o no los objetivos que tiene entre manos. Y si reacciona de un modo u otro a ese éxito o fracaso.

Dos ideas generales deben ser explicitadas para fundamentar este preliminar aunque no tan provisorio balance. En primer lugar, respecto a la pregunta sobre si pesó más en estos años un proyecto o el coyunturalismo gubernamental, la respuesta no debería buscarse optando entre una u otra alternativa, sino comprendiendo la centralidad que ha tenido la polarización como método y la afinidad electiva entre él y políticas cada vez más estatistas y concentradoras del poder. Ese método se desplegó en instrumentos escogidos circunstancialmente, pero encadenados según la lógica de la “profundización del modelo”. Es decir, se ejecutó “paso a paso”, montando un edificio que se elevó pieza por pieza, sin un plan maestro, aunque siguiendo una lógica que fue de menor a mayor, cerrando vías alternas y volviendo otras progresivamente inevitables.

Se entiende entonces que en el “modelo K” lo importante nunca haya sido un específico objetivo de política pública, tampoco un particular menú de reglas económicas o institucionales (el dólar alto, el desendeudamiento, las paritarias libres o la transversalidad electoral), sino el rol que se reservó para sí desde un comienzo y a todo lo largo del proceso el líder, acumulando poder y quitándose a los demás. Este método K, corazón del modelo, puede sintetizarse en una serie de máximas para la polarización y la apropiación: en primer lugar, asegurar la máxima libertad de maniobra y concentración de poder en manos del presidente; segundo, debilitar y dispersar las mediaciones institucionales y organizacionales, no sólo de

los opositores sino también de los aliados, de modo de reducir al mínimo los espacios de la negociación; tercero, concentrar las soluciones en el estado central y la Presidencia y descargar los problemas en todos los demás actores; cuarto y último, asegurar la máxima lealtad y disciplina en el campo propio detrás de una causa que ha de ser lo más flexible posible, para movilizar un fanatismo inespecífico y por ello manipulable.

Este método fue madurando y fortaleciéndose a lo largo de la década. Aunque no siempre dio buenos resultados: a veces se enfrentó a resistencias que frustraron la polarización (el ejemplo más claro fue la crisis del campo, pero también merece contabilizar al respecto la persistente tensión entre el oficialismo y el peronismo), y en otras ocasiones en su instrumentación las necesidades de la coyuntura chocaron con la ideología (como sucedió, en un sentido, con la promoción de una Corte Suprema independiente, alimento en un principio para la popularidad presidencial, pero que se volvió con el tiempo un escollo cada vez más serio para los cambios institucionales que el oficialismo quiso imponer; y en un sentido inverso, con la renuncia a tomar deuda en los mercados, lo que proveyó un triunfo ideológico al modelo que luego, en un contexto de escasez, redundaría en costos y límites insuperables). En lo que sigue analizaremos algunos momentos críticos del kirchnerismo a la luz de estos dos tipos de problemas.

En segundo lugar, y también en relación a la pregunta por los límites de la radicalización que deja expuesta la tesis recién enunciada, hay planteado otro interesante debate en nuestros días que refiere a las causas de dicho proceso: para algunos observadores él obedece a una preferencia, que puede sintetizarse en la replicación del “modelo Santa Cruz”, o una ideología, el populismo radical; para otros fue el fruto inesperado, incluso para los propios actores, de la contingencia, más específicamente, de las dificultades que los gobiernos kirchneristas enfrentaron, y frente a las cuales “fugaron hacia delante”, “subiendo la apuesta”, es decir, radicalizándose a costa de sus preferencias iniciales. De lo que habría que concluir que, de no haber hallado esos obstáculos en su camino, un curso más moderado hubiera primado.

Contra esta suposición, el argumento que aquí expondremos parte de constatar que tanto los éxitos como los fracasos del kirchnerismo alimentaron su radicalización. Es decir, que en la medida en que sus líderes conquistaron mayores recursos y márgenes de libertad, los utilizaron para “profundizar el modelo”, esto es, su método de gobierno, no para moderarse, porque el propio método así lo determinó. Y cuando chocaron con inconvenientes o resistencias inesperadas hicieron otro tanto, elevando la apuesta en el supuesto de que sólo con una mayor dosis del mismo remedio lograrían superar esos escollos. Aunque no siempre lo lograron: fue frecuentemente en esas escaladas que el kirchnerismo consumió más recursos políticos, para lograr los más magros resultados.

La conclusión que de ello cabe extraer es que el más importante límite a la radicalización kirchnerista, el factor moderador de su experimento político ha sido, además de un ambiente ocasionalmente resistente, la rigidez de su manual de operaciones y su consecuente propensión al error. En suma, su torpeza.

Éxitos y fracasos de los gobiernos kirchneristas

En la década que acaba de concluir la economía argentina creció a mayor ritmo que en casi todo el siglo anterior. La tasa de desempleo en el período cayó de más de 20% a menos de 7%. Y la tasa de pobreza, dato enturbiado por la manipulación estadística, pasó de algo así como 50 puntos a cerca de 25. Crecieron también significativamente la cobertura previsional, el gasto per cápita en salud y educación y la transferencia directa de recursos a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Todos esos datos alcanzan para explicar el éxito electoral que, salvo en 2009, acompañó al grupo gobernante. ¿Alcanza para definirlo y juzgarlo?

Al mismo tiempo que todo eso sucedía, Argentina malgastó valiosas e irrepetibles oportunidades para convertir el crecimiento en desarrollo sustentable, los subsidios en mejor calidad de vida y oportunidades a largo plazo para los desventajados, y para fortalecer sus instituciones políticas. El rendimiento del gasto en salud y educación se deterioró y el sector público, gastando mucho más que antes, sorprendentemente ofrece hoy servicios de peor calidad que antes, sobre todo a los más pobres. Aún más posiciones se perdieron en la atracción de inversiones externas, mientras otros países de la región las incrementaban aceleradamente. Para colmo, desde 2007 el país volvió a ser exportador de capitales, debido a la desconfianza creada por la inflación crónica, la manipulación de las estadísticas, la irresolución del *default* externo y la cada vez más arbitraria y extendida intervención del gobierno en la economía. No es de asombrarse por tanto que, desde entonces, el ineficiente sector público fuera por lejos el mayor generador de empleo.

¿Se puede hacer un balance sobre la base de lo que se hizo, lo que se desaprovechó y lo que se pudo haber hecho mejor? Ello nos condena al uso de argumentos contrafácticos difíciles de controlar. Puede ser más interesante y manejable en cambio el análisis histórico de las coyunturas en que se adoptaron decisiones críticas, el modo en que se procesaron y las consecuencias que tuvieron. Ensayaremos a continuación esta vía, eligiendo cinco momentos críticos, que permiten explicar la progresiva radicalización kirchnerista y los resultados globales a los que arribó.

1-A fines de 2005 Néstor Kirchner enfrentó su primer gran disyuntiva: había logrado en las legislativas de ese año la legitimidad electoral que le faltara en 2003, completado la primera fase de renegociación de la deuda, y controlaba ya sin incómodas mediaciones el Parlamento y el PJ; también la puja distributiva y el conflicto social, gracias a la cooptación de Hugo Moyano en la CGT y de la mayoría de las organizaciones piqueteras. Las decisiones que entonces adoptó son claro ejemplo del uso de los márgenes de libertad, en un contexto de “éxito”, para polarizar el campo político y radicalizar el modelo: el presidente expulsó a Roberto Lavagna del gobierno, iniciando un proceso de politización de la gestión económica que le permitiría desprenderse de más y más mediaciones y controles técnicos; profundizó la política de “concertación de precios” en base a presiones particularistas sobre las empresas, rompió lanzas con EEUU y suspendió cualquier tratativa encaminada a completar la salida del *default*, y eventualmente a regresar al mercado de capitales; además, desactivó por completo al PJ, para evitar que se volviera una arena de negociación de

sus jefes territoriales; y lanzó dos reformas institucionales esenciales, la del Consejo de la Magistratura y la de regulación de los DNUs, que le permitirían concentrar la toma de decisiones frente a los otros dos poderes (y en particular acotar la influencia de la Corte, cuya independencia había sido promovido en el marco de la precariedad inicial). De allí a la sucesión matrimonial en cabeza de una coalición de “todos los que gobiernan”, con la que se terminó de disolver el sistema de partidos, el endeudamiento creciente con Venezuela, el encumbramiento de Guillermo Moreno y la intervención del Indec, habría sólo un paso.

2-El segundo momento de quiebre se presentó con la crisis del campo, en marzo de 2008, a raíz del intento de establecer retenciones móviles a las exportaciones agrícolas. Fue esta la primera ocasión en que el método de la polarización falló redondamente; aunque aun así el gobierno aprovechó la ocasión para una decisiva radicalización ideológica y política, que al precio de la pérdida de consenso y aliados, le permitiría abroquelar sus apoyos restantes. Que ello se produjera en un contexto de pérdidas no implicó la más mínima alteración del método. El episodio reveló además el modo en que ya desde antes se venían realimentando la radicalización política y la económica. El disparador fue el intento de aumentar la presión fiscal sobre un sector que hasta allí se había beneficiado ampliamente del modelo, le proveía su pata productiva y exportadora más sólida y había acompañado electoralmente al oficialismo. Pero que encontró precisamente por esa posición privilegiada los recursos para resistir la medida oficial, así como la escalada de polarización con la que el gobierno pretendió neutralizar sus resistencias. Las entidades ruralistas lograron reunir detrás suyo a toda la oposición social y política, presionando a los actores locales de la coalición oficial hasta dividir a sus bancadas legislativas. La respuesta que elaboró el gobierno ante ese inesperado trastazo consistió en autonomizarse de esos apoyos perdidos y neutralizar su capacidad de coordinación, radicalizándose en dos frentes: avanzaría decisivamente en los meses siguientes en la sustitución de la inversión y las exportaciones por el consumo y el gasto público como motores del crecimiento, vía la apropiación progresiva de los stocks de capital disponibles (primero las AFJPs, luego las reservas del Banco Central), en la consecuente partidización de más y más instituciones públicas (desde los medios de comunicación al instituto previsional), y en la construcción de una escena política en que el “gobierno nacional y popular” enfrentaba a expresiones tan inconciliables como dispersas del antipueblo.

3. El siguiente escalón del proceso de radicalización fue el que se montó con la ley de medios, tras la derrota en las elecciones parlamentarias de 2009. En este episodio se perfeccionó otro instrumento esencial del método K, la reforma retroactiva, que ya se había ensayado con la derogación de las leyes de perdón y la estatización de los fondos de pensión, y luego se replicaría en otros varios terrenos. La reforma retroactiva en esencia consiste en eliminar la noción de “derechos adquiridos”. Y aplicada a las empresas de medios, en particular a la mayor de ellas, el grupo Clarín, ilustra cabalmente la propensión a aumentar la dosis de arbitrio en función de la intensidad de las resistencias. Así como la incompatibilidad de última instancia entre el estado de derecho y el modelo K. Como se sabe, a

raíz de la crisis de la 125, y más todavía debido al largo período de descrédito de los Kirchner ante la opinión pública que le siguió, el gobierno de Cristina cambió drásticamente la estrategia hacia los medios aplicada por el de su marido: de una relación privilegiada con las grandes empresas del sector, para que colaboraran en el disciplinamiento del periodismo, se pasó al intento de debilitar a esas empresas para volverlas más dependientes de los recursos y el capricho oficial, y a la ampliación de una red de medios propia, conformada por órganos estatales y de empresarios adictos. Y fue precisamente por las contribuciones que Néstor Kirchner había hecho en años anteriores al fortalecimiento del grupo Clarín, que en la búsqueda de este nuevo objetivo el gobierno de su mujer debió recurrir al instrumento retroactivo: porque sólo así podría anular sus derechos adquiridos, como ser las licencias extendidas en el tiempo, la fusión de las proveedoras de cable y la integración de distintos servicios de comunicación. La ofensiva oficial a la postre fracasaría, tanto en desmembrar Clarín como en generar, con una enorme masa de recursos públicos, medios propios eficaces para comunicarse con la sociedad. Pero por de pronto le permitió politizar al extremo el rol de los medios y desacreditar la tarea del periodismo. Acomodando en alguna medida la escena pública a su estrategia de polarización. El mayor éxito en esta apuesta sería el festejo del Bicentenario, montado con el guión del relato oficial y acompañado por un fenomenal éxito de público, que aunque se explica más por el optimismo colectivo entonces reinante y la difusa disposición a participar del “reencuentro nacional” que por una masiva adhesión a las políticas oficiales, confirmó algo que la oposición parlamentaria estaba ya sufriendo en carne propia: el gobierno retenía la iniciativa y había alcanzado ya el monopolio del control del estado, y por tanto de las soluciones y beneficios que él distribuía, lo que le permitía aislar y fragmentar a los sectores de la sociedad que lo resistían.

4. El renacimiento de la popularidad de Cristina Kirchner a raíz de la muerte de su marido y de la rápida reactivación de la economía registrada entre 2010 y 2011 brindó los recursos y el margen de libertad necesarios para que se reeditara la polarización en un contexto de éxitos, y para que la misma se coronara con la amplia victoria de las listas oficiales en octubre de ese último año. Esto se expresó en una larga serie de decisiones, que tuvo inicio antes de las elecciones (con el control monopólico que ejerció la presidenta en la confección de esas listas de candidatos, tanto a nivel nacional como provincial y local), y se completó en los meses que les siguieron, combinando nuevamente radicalización política y económica: a la guerra emprendida contra aliados que conservaban recursos propios y cierto margen de autonomía (Scioli y Moyano principalmente) se sumó la descarga de los costos acumulados por las distorsiones económicas, en sectores mayormente representados por dichos actores u otros considerados prescindibles (vía el aumento de la presión tributaria, la reducción de las transferencias a las provincias y la introducción de nuevos y más arbitrarios controles sobre el comercio, el mercado cambiario y los subsidios). Con lo que el intervencionismo estatal evolucionó hacia un esquema más decididamente estatista y predatorio.

5. La reforma de la Justicia lanzada en marzo de 2013 constituye, hasta aquí, el último estadio del proceso de radicalización kirchnerista. En él vuelve a hacerse presente la disposición a fugar hacia delante y polarizar la escena política cuando surgen resistencias que no logra remover. Y es que la reforma en cuestión obedece, antes que nada, a dos derrotas sufridas por el gobierno en el curso de 2012: la de su intento de usar la ley de medios para desmembrar a Clarín, frenado en los tribunales, y la de su esfuerzo por eliminar a los aspirantes a la sucesión en el peronismo, para mantener a esta fuerza alineada y comprometerla en su proyecto de reformar la constitución y habilitar una nueva reelección. La regla de los 2/3 necesarios tanto para habilitar esta reforma en el Congreso, como para remover jueces en el Consejo de la Magistratura, fue el origen de ambas dificultades. De allí que las reformas de la Justicia planteadas apuntaran al doble objetivo de someter a los jueces a una mayoría simple, hoy y en el futuro inmediato al alcance del Ejecutivo, y a nacionalizar y polarizar la elección de medio término de octubre próximo, para neutralizar el pluralismo peronista y evitar que despunte en su seno cualquier alternativa a la continuidad del kirchnerismo en el poder. Es pronto para evaluar las consecuencias de esta apuesta, pero puede ya colegirse que, en caso de lograr su cometido en uno o ambos terrenos, se habrá dado un paso fundamental para convertir la precaria democracia argentina en un autoritarismo electivo.

Conclusiones

¿Fue la instauración de una “democracia popular” el objetivo desde un principio perseguido por el matrimonio Kirchner? Algunos rasgos del “modelo santacruceño” alientan a responder que sí, pero otros que no. Si repasamos la década transcurrida bajo su égida, bien podría decirse que el kirchnerismo pasó de iniciativas signadas por el coyunturalismo y la atención a demandas que no controlaban, como sucedió típicamente con la renovación de la Corte Suprema, o la continuidad dada inicialmente a la política económica de Lavagna, a apuestas cada vez más ideológicas y orientadas a promover un modelo político y económico radicalmente populista. Aunque también habría que decir que la mira siempre estuvo puesta por encima de todo en la máxima acumulación de poder en el vértice y la polarización del campo político.

Lo cierto es, en cualquier caso, que el populismo radical tardó tanto en madurar, que cuando finalmente encontró instrumentos y vías para avanzar, ya no contó con el tiempo ni el combustible de consenso y recursos económicos necesarios para llegar a destino. También habría que destacar que, fruto del extremadamente rígido método usado para gobernar, el kirchnerismo se acomodó mal a los cambios de coyuntura y los eventos imprevistos, y malgastó enormes cantidades de recursos, políticos, fiscales y de legitimidad, para obtener triunfos a veces parciales y efímeros, en ocasiones apenas para postergar problemas que a la corta o a la larga reemergieron agravados. Por ello, a diferencia del cardenal Richelieu, injustamente acusado a su muerte de haber hecho mal las cosas buenas y bien las cosas malas que se propuso, de los Kirchner lo que cabe decir es que, por fortuna, han hecho también bastante mal casi todo lo malo.

